

# El *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos*, pieza clave en la conversión misionera de la pastoral postconciliar

---

Adolfo Ariza Ariza  
UNIVERSIDAD SAN DÁMASO  
MADRID

**RESUMEN** La promulgación del *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos*, en el año 1972, supuso la recuperación de una de las intuiciones clave sobre las que entendía su misma vida la Iglesia de los Santos Padres: el catecumenado. La continuidad en la recepción de este *Ritual* y el cambio de mentalidad que necesariamente habrá de llevar aparejado contribuirá desde el ámbito de la catequesis y la liturgia al crecimiento en la clave de transformación misionera y conversión pastoral a la que nos llama el papa Francisco. Hacer un recorrido histórico por la influencia del *Ritual* en la conversión misionera de la pastoral postconciliar ayudará a redescubrir, precisamente, todo el potencial de su enseñanza.

**PALABRAS CLAVE** *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos*, iniciación cristiana, catecumenado, mistagogía, conversión misionera, Concilio Vaticano II.

**SUMMARY** *The promulgation of the Rite of Christian Initiation of Adults in 1972 aimed at recovering a central concern of the Fathers of the Church: the catechumenate. This document's history has resulted in changes in outlook and renovated catechesis and liturgy, fostering the growth in missionary transformation and pastoral conversion. Pope Francis has been calling us to continue this growth. We will review the historical path the Rite has traced in the missionary conversion of post-conciliar pastoral concerns. This review will in effect help us rediscover all the potential of the Pope's teaching.*

**KEYWORDS** Rite of Christian Initiation of Adults, *Christian initiation, Mystagogy, Missionary conversion, Second Vatican Council.*

El *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos* fue publicado por decreto de la Congregación para el Culto Divino, el 6 de enero de 1972, solemnidad de la Epifanía, con el título *Ordo Initiationis Christianae Adultorum*<sup>1</sup>. Por primera vez, desde que se produjeron las grandes transformaciones en la Iniciación cristiana en el siglo V, se propone un ritual propio para adultos, de la misma manera que antes (a. 1969) se había ofrecido un ritual propio para niños<sup>2</sup>.

El *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos* no obedece solamente a una reivindicación ritual de los padres del Concilio Vaticano II, sino a un amplio proyecto teológico: el catecumenado como la expresión litúrgica del nacimiento y del crecimiento de la Iglesia<sup>3</sup>. De esta manera, se podría decir que el *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos* revela el proyecto eclesial de *Lumen gentium*, como el de *Sacrosanctum Concilium*. De igual modo se puede afirmar que el *Ritual* manifiesta un talante pastoral y posibilita el resurgimiento de ministerios inéditos que se sugerían en *Christus Dominus* y en *Presbyterorum ordinis*. Además, supone una exploración del dinamismo de la conversión y del crecimiento de la fe, es decir, plantea un planteamiento no solamente catequético, sino además de evangelización, que ya sacó a la luz la doctrina misionera de *Ad gentes* (cf. AG 14), verdadero pistoletazo de salida en la restauración del catecumenado. Se podría decir, por tanto, que “fue el Concilio Vaticano II quien descubrió las bondades de aquel catecumenado para traerlo al momento presente”<sup>4</sup>.

No hace mucho que el *Directorio para la Catequesis* (2020), describiendo los elementos esenciales a cuidar en la formación catequética de los candidatos a las Órdenes sagradas (cf. DC 151-153), nos ha invitado a profundizar: “en el *Ritual de Iniciación Cristiana de Adultos* como una herramienta valiosa para la catequesis y la mistagogia” (DC 152d). Se entiende, pues, la pertinencia de este estudio histórico acerca de la influencia que para la pastoral postconciliar ha tenido la promulgación del RICA. Y esto, es decir, el ejercicio de esta mirada de la memoria, desde una clave metodológica esencial propuesta por el papa Francisco en *Evangelii gaudium*: “La memoria es una dimensión de nuestra fe que podríamos llamar ‘deuteronomica’ [...] La alegría evangelizadora

---

1 En español fue publicado en 1976.

2 Cf. D. BOROBIO GARCÍA, *Catecumenado e Iniciación cristiana* (Madrid 2007) 25.

3 Cf. *Ibid.*, 26.

4 F. J. ROMERO GALVÁN, “El proceso de la evangelización es una acción espiritual”, en: ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE CATEQUETAS (AECA), *Comentario al Directorio para la Catequesis* (Madrid 2022) 260.

siempre brilla sobre el trasfondo de la memoria agradecida: es una gracia que necesitamos pedir” (EG 13).

## **I. LAS PRINCIPALES INTUICIONES SOBRE LAS QUE SE ASIENTA LA PROPUESTA DEL RITUAL DE LA INICIACIÓN CRISTIANA DE ADULTOS**

Para poder percibir la influencia que el RICA ha ejercido en la pastoral de la Iglesia desde su promulgación hasta nuestros días, tal vez, sea útil poder identificar las grandes intuiciones sobre las que se asienta su enseñanza. Lo que a continuación se propone no es sino la enumeración de algunos –lo más esenciales– de esos aspectos.

1. El mismo uso del concepto “sacramentos de iniciación” (RICA, *Obs. Generales* 1) así como el énfasis en su unidad y mutua implicación: “los tres sacramentos de la Iniciación cristiana se ordenan entre sí para llevar a su pleno desarrollo a los fieles, ‘que ejercen la misión de todo el pueblo cristiano en la Iglesia y en el mundo’ (LG 31)” (RICA, *Obs. Generales* 2). El *Ritual* subraya la mutua implicación de lo cristológico y lo pneumatológico como lo más genuino del vínculo entre sacramento del Bautismo y el de la Confirmación:

Al enlazar ambos sacramentos se significa la unidad del Misterio Pascual, y el vínculo entre la misión del Hijo y la efusión del Espíritu Santo, y la conexión de ambos sacramentos, en los que desciende una y otra persona divina juntamente con el Padre sobre los bautizados” (RICA, *Obs. Previas* 34).

2. La comprensión de la Iniciación cristiana como el más claro ejercicio de la maternidad por parte de la Iglesia: “no hay nada que la Iglesia estime tanto ni hay tarea que ella considere tan suya como reavivar en los catecúmenos, o en los padres y padrinos de los niños que se van a bautizar una fe activa [...] a esto se ordenan, en definitiva, tanto el catecumenado y la preparación de padres y padrinos como la celebración de la Palabra de Dios y la profesión de fe en el rito

bautismal” (RICA, *Obs. Generales* 3). Para el *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos*, “la preparación al bautismo y la formación cristiana es tarea que incumbe muy seriamente al pueblo de Dios, es decir, a la Iglesia, que transmite y alimenta la fe recibida de los Apóstoles” (RICA, *Obs. Generales* 7). Esta necesaria referencia e implicación entre comunidad cristiana y catecumenado es subrayada, también, cuando se propone: “La iniciación de los catecúmenos se hace gradualmente en conexión con la comunidad de los fieles que, juntamente con los catecúmenos, consideran el precio del Misterio Pascual y renovando su propia conversión, inducen con su ejemplo a los catecúmenos a seguir al Espíritu Santo con toda generosidad” (RICA, *Obs. Previas* 4). De ahí que, continuando con la propuesta del *Ritual*, “el pueblo de Dios representado por la Iglesia local siempre debe entender y mostrar que la Iniciación de los adultos es cosa suya y un asunto que atañe a todos los bautizados (cf. AG 14)” (RICA, *Obs. Previas* 41).

3. El marcado carácter pascual de la Iniciación cristiana: “El Bautismo, en efecto, conmemora y actualiza el Misterio Pascual, haciendo pasar a los hombres de la muerte del pecado a la vida” (RICA, *Obs. Generales* 6). De ahí que “a la celebración del sacramento se le debe dar siempre sentido pascual” (RICA, *Obs. Generales* 28). Y de ahí también que por la trascendencia de este dato se vuelva a insistir, en otros pasajes, en la índole pascual de la Iniciación cristiana:

la Iniciación de los cristianos no es otra cosa que la primera participación sacramental en la muerte y Resurrección de Cristo, y como además, el tiempo de purificación e iluminación coincide de ordinario con el tiempo de Cuaresma, y la ‘mystagogia’ con el tiempo pascual, conviene que toda la Iniciación se caracterice por su índole pascual. Por esto, la Cuaresma ha de cobrar toda su pujanza para ofrecer una más intensa preparación de los elegidos, y la Vigilia pascual debe ser el tiempo legítimo para los sacramentos de la Iniciación (RICA, *Obs. Previas* 8).

4. La descripción que de sí mismo hace el *Ritual* en cuanto a sus destinatarios y a la ayuda con la que pretende proveerlos: “se destina

a los adultos, que al oír el anuncio del Misterio de Cristo, y bajo la acción del Espíritu Santo en sus corazones, consciente y libremente buscan al Dios vivo y emprenden el camino de la fe y de la conversión. Por medio de este *Ritual* se les provee de la ayuda espiritual para su preparación y para la recepción fructuosa de los sacramentos en el momento oportuno” (RICA, *Obs. Previas* 1). De igual modo se especifican los factores que entran en concurso en esta realidad que ante todo es entendida como un “camino espiritual”: “El *Ritual de la Iniciación* se acomoda al camino espiritual de los adultos, que es muy variado según la práctica multiforme de Dios, la libre cooperación de los catecúmenos, la acción de la Iglesia y las circunstancias de tiempo y lugar” (RICA, *Obs. Previas* 5). Desde este punto de partida se entienden los grados o etapas que lo constituyen: “En este camino, además del tiempo de instrucción y maduración, hay ‘grados’ o etapas, mediante los cuales el catecúmeno ha de avanzar, atravesando puertas, por así decirlo, o subiendo escalones” (RICA, *Obs. Previas* 6).

5. Se entiende con respecto al catecumenado su anclaje y primordialidad en la Tradición de la Iglesia así como su pertinencia para el momento presente a través del restablecimiento propuesto por el Concilio Vaticano II: “probado por la más antigua práctica de la Iglesia, corresponde a la actividad misionera de hoy, y de tal modo se siente su necesidad en todas partes que el Concilio Vaticano II mandó restablecerlo y adaptarlo de acuerdo a las costumbres y necesidades de cada lugar (cf. SC 64-66; AG 14; CD 14)” (RICA, *Obs. Previas* 2).

Otra cuestión determinante para retener, desde las intuiciones ya señaladas, es la descripción que el RICA hace de los diferentes grados y etapas.

Con respecto a la etapa de la evangelización y el “precatecumenado” reconoce el *Ritual* que, aunque lo propio es comenzar “con la admisión o entrada en el catecumenado”, el tiempo precedente o ‘precatecumenado’ tiene una gran importancia y no se debe omitir ordinariamente” (RICA, *Obs. Previas* 9). No en vano es el tiempo del que “brotan la fe y la conversión inicial” para que “madure la verdadera voluntad de seguir a Cristo y de pedir el Bautismo”.

En lo que atañe propiamente a la etapa del catecumenado es conveniente partir de la descripción que hace el *Ritual* sobre las disposiciones requeridas para ser introducido en la etapa del catecumenado:

se requiere en los candidatos una vida espiritual inicial y los conocimientos fundamentales de la doctrina cristiana, a saber: la primera fe concebida en el tiempo del “precatecumenado”, la conversión inicial y la voluntad de cambiar de vida y de empezar el trato con Dios en Cristo, y, por tanto, los primeros sentimientos de penitencia y el uso incipiente de invocar a Dios y hacer oración, acompañados de las primeras experiencias en el trato y espiritualidad de los cristianos (RICA, *Obs. Previas* 15).

Desde esta perspectiva se entiende el ejercicio de discernimiento de “los pastores con la ayuda de los padrinos de catecumenado (*sponsors*), catequistas y diáconos, según los indicios externos” (RICA, *Obs. Previas* 16).

El contenido de esta etapa entendida como “un tiempo prolongado, en que los candidatos reciben la instrucción pastoral y se ejercitan en un modo de vida apropiado, y así se les ayuda para que lleguen a la madurez las disposiciones de ánimo manifestadas a la entrada” se “obtiene por cuatro caminos” (RICA, *Obs. Previas* 19):

una catequesis apropiada [...] dispuesta por grados, pero presentada íntegramente, acomodada al año litúrgico y basada en las celebraciones de la Palabra, se va conduciendo a los catecúmenos no solo al conveniente conocimiento de los dogmas y de los preceptos, sino también al íntimo conocimiento del misterio de la salvación (RICA, *Obs. Previas* 19.1)

Al ejercitarse familiarmente en la práctica de la vida cristiana, y ayudados por el ejemplo y auxilio de sus padrinos de catecumenado y bautismo [...] se acostumbran a orar a Dios con más facilidad, a dar testimonio de su fe, a tener siempre presente la expectación de Cristo, a seguir en su actuación la inspiraciones de lo alto y a ejercitarse en la caridad con el prójimo hasta la abnegación de sí mismos. [...] “los neoconvertos emprenden un camino espiritual [...] Este tránsito, que

lleva consigo un cambio progresivo de sentimientos y costumbres, debe manifestarse con sus consecuencias sociales y desarrollarse paulatinamente durante el catecumenado. Siendo el Señor, al que confían, blanco de contradicción, los que se convierten experimentan con frecuencias rupturas y separaciones, pero también gozos que Dios concede sin medida” (AG 13) (RICA, *Obs. Previas* 19.2).

Con los ritos litúrgicos oportunos la santa madre Iglesia ayuda a los catecúmenos en su camino, y son purificados paulatinamente y sostenidos con la bendición divina (RICA, *Obs. Previas* 19. 3).

“Como la vida de la Iglesia es apostólica, los catecúmenos deben aprender también a cooperar activamente a la evangelización y a la edificación de la Iglesia con el testimonio de su vida y con la profesión de fe” (AG 14) (RICA, *Obs. Previas* 19. 4).

El tiempo de purificación e iluminación es entendido en su esencia como un tiempo de “preparación intensiva del espíritu y del corazón” (RICA, *Obs. Previas* 22). Lo cual queda especificado en los siguientes términos:

En este período, la preparación intensiva del ánimo, que se ordena, más bien, a la formación espiritual que a la instrucción doctrinal de la catequesis, se dirige a los corazones y a las mentes para purificarlas por el examen de conciencia y por la penitencia (cf. SC 110), y para iluminarlas por un conocimiento más profundo de Cristo, el Salvador. Esto se verifica por medio de varios ritos, especialmente por el ‘escrutinio’ y la ‘entrega’” (RICA, *Obs. Previas* 25).

Finalmente, el tiempo de la mystagogia es descrito como el período en el que “la comunidad juntamente con los neófitos progresa, ya con la meditación del Evangelio, ya con la participación de la eucaristía, ya con el ejercicio de la caridad, en la percepción más profunda del misterio pascual y en la manifestación cada vez más perfecta del mismo en su vida” (RICA, *Obs. Previas* 37).

Pero este recorrido por la enseñanza del RICA sería incompleto si no se presta atención al carácter profético y, verdaderamente, actual del capítulo IV del mismo, *Preparación para la Confirmación y la Eucaristía de los*

*adultos bautizados en la primera infancia y que no han recibido catequesis.* El capítulo ofrece una serie de sugerencias pastorales referidas a los adultos que recibieron el Bautismo cuando eran muy niños, y después no recibieron ninguna instrucción catequética ni, por tanto han sido admitidos a la Confirmación y a la Eucaristía. La preparación de estos adultos requiere tiempo prolongado, para que la fe infundida en el Bautismo pueda crecer, llegar a la madurez y ser grabada plenamente por medio de la formación pastoral que se les proporciona (cf. RICA 296). De igual modo, también es clave retener la propuesta y la luz que el capítulo V: *Ritual de la iniciación de los niños en la edad catequética*, ofrece en cuanto luz para la catequesis de infancia en el momento presente.

## II. HUELLA DEL RITUAL DE LA INICIACIÓN CRISTIANA DE ADULTOS EN EL MAGISTERIO POSTERIOR

Tratar de recorrer la historia del magisterio posterior a la promulgación del RICA ofrece un índice fidedigno sobre la resonancia e influencia del *Ritual* tanto en la reflexión catequética como en la misma praxis. Lo que se pretende dilucidar es el nivel de acogida, de real capilaridad y de influencia para el ámbito de la catequesis en su más amplio y global significado.

Un *primer hito* por reseñar sería la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (8 de diciembre de 1975) del papa Pablo VI. La exhortación apostólica recuerda que “el anuncio no adquiere toda su dimensión más que cuando es escuchado, aceptado, asimilado y cuando hace nacer en quien lo ha recibido una adhesión de corazón”. Y que esta adhesión, “que no puede quedarse en algo abstracto y desencarnado, se revela concretamente por medio de una entrada visible, en una comunidad de fieles”. Además, el papa Montini manifiesta que esta entrada en la comunidad, “se expresará a través de muchos otros signos que prolongan y despliegan el signo de la Iglesia” (EN 23). El catecumenado está presente en *Evangelii nuntiandi* de un modo implícito al caracterizar lo propio de la catequesis en cuanto medio en la evangelización: “Por lo demás [...] se viene observando que las condiciones actuales hacen cada día urgente la enseñanza catequética bajo la modalidad de un catecumenado para un gran número de jóvenes y adultos que, tocados

por la gracia, descubren poco a poco la figura de Cristo y sienten la necesidad de entregarse a Él” (EN 44).

Como *segundo hito* cabría citar la exhortación apostólica *Catechesi tradendae* (16 de octubre de 1979) de Juan Pablo II. La misma exhortación emplea un lenguaje ciertamente “iniciático” al usar expresiones como “iniciar una vida verdaderamente cristiana” (CT 14) o “iniciarlos en la plenitud de la vida cristiana” (CT 18). Con aseveraciones del tipo una “adhesión global con la sincera conversión del corazón” (CT 20) y “una iniciación cristiana integral, abierta a todas las esferas de la vida cristiana” (CT 21) trata de mostrar la misma exhortación que “la auténtica catequesis es siempre una iniciación ordenada y sistemática a la Revelación [...] conservada en la memoria profunda de la Iglesia y en las Sagradas Escrituras y comunicada constantemente, mediante una *traditio* viva y activa” (CT 22).

Pero hay un pasaje del *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos* que para *Catechesi tradendae* es especialmente significativo. Para la exhortación, el *Ritual* ha sido y ha de ser un instrumento que al tiempo que pone en guardia frente a futuras y tal vez próximas situaciones, sobre todo debe constituirse en llamada de atención sobre la unión íntima que debe existir entre catequesis y Liturgia. Así queda subrayado por Juan Pablo II en la exhortación apostólica:

La catequesis va intrínsecamente ligada a toda la acción litúrgica y sacramental, porque es en los sacramentos, y sobre todo en la Eucaristía, donde Jesucristo actúa en plenitud para transformar al hombre. En la primitiva Iglesia se identificaban catecumenado e Iniciación a los sacramentos... La catequesis conserva siempre una referencia a los sacramentos. De una parte, una forma eminente de catequesis es la que prepara a los sacramentos, y toda catequesis conduce necesariamente a los sacramentos de la fe. Por otra parte, una auténtica celebración sacramental tiene forzosamente un aspecto catequético. En otras palabras: la vida sacramental se empobrece y llega a ser puro ritualismo si no se basa en el conocimiento serio de la significación de los sacramentos. Y la catequesis se intelectualiza si no toma vida en la práctica sacramental (CT 23, con cita a pie de página del RICA).

También es perceptible la influencia en la reflexión propuesta con respecto al credo como expresión doctrinal privilegiada (cf. CT 28) –el RICA

es citado en la nota al pie 58–: “Durante siglos, un elemento importante de la catequesis era precisamente la *traditio Symboli*, seguida de la entrega de la oración dominical. Este rito expresivo ha vuelto a ser introducido en nuestros días en la Iniciación de los catecúmenos”. Dicho esto, con verdadera sabiduría y acierto, se pregunta Juan Pablo II: “¿No habría que encontrar una utilización más concretamente adaptada, para señalar esta etapa, la más importante entre todas, en que un nuevo discípulo de Jesucristo acepta con plena lucidez y valentía el contenido de lo que más adelante va a profundizar con seriedad?” (CT 28).

Otra cuestión esencial es la del “problema central de la catequesis de adultos” (CT 43). –nota al pie 9 –. La exhortación habla de “cuasi catecúmenos”:

Entre estos adultos que tienen necesidad de la catequesis, nuestra preocupación pastoral y misionera se dirige a los que, nacidos y educados en regiones todavía no cristianizadas, no han podido profundizar la doctrina cristiana que un día las circunstancias de la vida les hicieron encontrar; a los que en su infancia recibieron una catequesis proporcionada a esa edad, pero que luego se alejaron de toda práctica religiosa y se encuentran en la edad madura con conocimientos religiosos más bien infantiles; a los que se resienten de una catequesis sin duda precoz, pero mal orientada o mal asimilada; a los que, aun habiendo nacido en países cristianos, incluso dentro de un cuadro sociológicamente cristiano, nunca fueron educados en su fe y, en cuanto adultos, son verdaderos catecúmenos (CT 44).

Un *tercer hito* se puede encontrar en la Instrucción *Pastoralis actio* sobre el Bautismo de los niños de la Congregación para la Doctrina de la Fe (20 de octubre de 1980). El espíritu de esta instrucción nos muestra que una genuina visión misionera de la Iglesia no puede contentarse con una mera recepción estática del Bautismo en el caso de los niños recién nacidos. Los planteamientos pastorales sobre la práctica bautismal de párvulos han de situar la Iniciación cristiana en el corazón de la actividad apostólica, con la clara conciencia de que forma parte integrante del proceso completo transmisor de la fe. Desde este planteamiento se entienden las intuiciones con las que esta instrucción trata de iluminar la praxis pastoral del bautismo de párvulos. Y aquí también puede percibirse la huella de los planteamientos del *Ritual de*

la *Iniciación Cristiana de Adultos* sobre todo cuando aboga por la búsqueda de unas “garantías reales” para que la fe del bautizado no sólo esté protegida, sino que pueda desarrollarse y llegar a su plenitud.

El *cuarto hito* podría establecerse en la Exhortación apostólica *Familiaris consortio* (22 de noviembre de 1981) de Juan Pablo II. La exhortación invita a distinguir, en la preparación al matrimonio, entre una “preparación remota, próxima e inmediata”, de modo que “como en un camino neocatecumenal se diera una preparación adecuada al matrimonio”. A lo que se añade: “Entre los elementos a comunicar en este camino de fe, análogo al catecumenado, debe haber también un conocimiento serio del misterio de Cristo y de la Iglesia, de los significados de gracia y responsabilidad del matrimonio cristiano” (FC 66). Es una evidencia que salta a la vista la influencia e inspiración en este texto magisterial del RICA.

La promulgación del *Código de Derecho Canónico* (1983) se constituye en el *quinto hito*. El *Código*, en el canon 206 a través de sus dos párrafos, pide sean iniciados adecuadamente los catecúmenos y señala las condiciones para admitir al adulto al sacramento del Bautismo. Los cánones 760 y 761 especifican los contenidos –“ha de proponerse íntegra y fielmente el misterio de Cristo en el ministerio de la Palabra, que se debe fundar en la Sagrada Escritura, en la Tradición, en la Liturgia, en el Magisterio y en la vida de la Iglesia” (canon 760)– y los medios para procurar esta iniciación: “anunciar la doctrina cristiana, sobre todo la predicación y la catequesis, que ocupan siempre un lugar primordial” (canon 761). El canon 773 recuerda el deber de los pastores con respecto a la catequesis y el 774 como la solicitud por la catequesis, bajo la dirección de la legítima autoridad eclesial, corresponde a todos los miembros de la Iglesia en la medida de cada uno. Los cánones 787 al 789 recogen lo esencial del contenido de las etapas del catecumenado. Finalmente, el canon 851 recuerda que “el adulto que desee recibir el Bautismo ha de ser admitido al catecumenado y, en la medida de lo posible, ser llevado por pasos sucesivos a la iniciación sacramental, según el ritual de Iniciación adaptado por la Conferencia Episcopal, y atendiendo a las normas peculiares dictadas por la misma”.

En cuanto *sexto hito* es necesario señalar la trascendencia de la Exhortación apostólica postsinodal *Christifideles laici* (30 de diciembre de 1988) de Juan Pablo II. La exhortación establece claramente un punto de partida: “No es exagerado decir que toda la existencia fiel laico tiene como objeti-

vo llevarlo a conocer la radical novedad cristiana que deriva del Bautismo” (ChL 10). De este punto de partida se entienden dos datos fundamentales. El primero que nos recuerda que “la participación de los fieles laicos en el triple oficio de Cristo Sacerdote, Profeta y Rey tiene su raíz primera en la unción del Bautismo, su desarrollo en la Confirmación y su cumplimiento y dinámica sustentación en la Eucaristía” (ChL 14). Y el segundo nos conduce a redescubrir que ciertamente toda catequesis de la Iglesia, y también la de adultos, es una exigencia interna de los sacramentos de Iniciación y pretende “hacer captar y vivir las inmensas riquezas del Bautismo ya recibido” (ChL 61). El texto completo afirma lo siguiente:

Además, dentro de algunas parroquias, sobre todo si son extensas y dispersas, las pequeñas comunidades eclesiales presentes pueden ser una ayuda notable en la formación de los cristianos, pudiendo hacer más capilar e incisiva la conciencia y la experiencia de la comunión y de la misión eclesial. Puede servir de ayuda también, como han dicho los Padres sinodales, una catequesis postbautismal a modo de catecumenado, que vuelva a proponer algunos elementos del *Ritual de la Iniciación cristiana de Adultos*, destinados a hacer captar y vivir las inmensas riquezas del Bautismo ya recibido (ChL 61).

Citada a su vez por *Evangelii gaudium* (cf. EG 23), la exhortación invita a redescubrir que la intimidad de la Iglesia con Jesús es una intimidad itinerante, y la comunión “esencialmente se configura como comunión misionera” (ChL 32).

El *séptimo hito* es la carta encíclica *Redemptoris missio* (7 de diciembre de 1990) de Juan Pablo II a los veinticinco años de la clausura del Concilio Vaticano II y de la publicación del Decreto sobre la actividad misionera *Ad gentes* y a los quince de la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*. Una de las claves de su enseñanza, aun no citando el *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos*, es la siguiente: “La conversión a Cristo está relacionada con el Bautismo” (RM 47). Desde esta perspectiva como punto de partida trata la encíclica de identificar una clara dificultad: “[...] no pocos, precisamente donde se desarrolla la misión *ad gentes*, tienden a separar la conversión a Cristo del Bautismo, considerándolo como no necesario. Es verdad que en ciertos ambientes se advierten aspectos sociológicos relativos al Bautismo que oscurecen

su genuino significado fe y su valor eclesial” (RM 46). Y junto con la dificultad cabría señalar también la conciencia que tiene la encíclica con respecto a la trascendencia que implica el don de la conversión: “cada convertido es un don hecho a la Iglesia y comporta una grave responsabilidad para ella, no solo porque debe ser preparado para el bautismo con el catecumenado y continuar luego con la instrucción religiosa, sino porque especialmente si es adulto, lleva consigo una energía nueva, el entusiasmo de la fe, el deseo de encontrar en la Iglesia el Evangelio vivido” (RM 47).

El *Catecismo de la Iglesia Católica* (1992) es el octavo de los hitos a reseñar en este recorrido histórico. La huella del RICA en el *Catecismo* se encuentra de un modo especial en cuatro grandes cuestiones:

1. El reagrupamiento de los sacramentos del Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía en el capítulo primero de la segunda sección de la segunda parte del *Catecismo de la Iglesia Católica* a la hora de dar orden a la exposición del septenario sacramental –dice el *Catecismo* que “ciertamente no es el único posible” (CCE 1211)– es una huella clara de esta impronta.
2. Huella perceptible desde el primer momento también es la del subrayado de la unidad de los tres sacramentos de la Iniciación y su capacidad en cuanto medios para poner “los fundamentos de toda vida cristiana” (CCE 1212). También en la necesidad de la recepción del sacramento de la Confirmación “para la plenitud de la gracia bautismal” (CCE 1285) así como en el subrayado histórico que hace del contraste entre la praxis de Oriente y Occidente: “La práctica de las Iglesias de Oriente destaca más la unidad de la Iniciación cristiana” (CCE 1292). Y también en el número con el que se introduce la exposición con respecto al sacramento de la Eucaristía: “La Sagrada Eucaristía culmina la Iniciación cristiana. Los que han sido elevados a la dignidad del sacerdocio real por el Bautismo y configurados más profundamente con Cristo por la Confirmación, participan por medio de la Eucaristía con toda la comunidad en el sacrificio mismo del Señor” (CCE 1322).
3. La descripción que de la celebración del sacramento del Bautismo hace el *Catecismo* (cf. CCE 1229-1245) es también un claro reflejo. En el epígrafe *La Iniciación cristiana* (cf. CCE 1229-1233) se

percibe, en primer lugar, en el hecho de que esta sea el punto de partida de lo que a continuación es un recorrido mistagógico por la celebración no solo del Bautismo sino también del sacramento de la Crismación (cf. CCE 1242) y de la “primera comunión eucarística”. Se percibe también la huella en la fundamentación histórica –“desde los tiempos apostólicos” teniendo como punto álgido el catecumenado en “los primeros siglos de la Iglesia– por la que se expone la realidad de la Iniciación cristiana en cuanto que “camino” e “iniciación” que “consta de varias etapas” y “que puede ser recorrido rápida o lentamente” (CCE 1229). También es perceptible la huella en la enumeración propuesta de los “elementos esenciales” que integran la Iniciación: “El anuncio de la Palabra, la acogida del Evangelio que lleva a la conversión, la profesión de fe, el Bautismo, la efusión del Espíritu Santo, el acceso a la comunión eucarística” (CCE 1229). También se ha de subrayar en esta fundamentación histórica la comprensión que tiene con respecto a la “naturaleza” del Bautismo de niños y como este dato “exige un catecumenado bautismal” (CCE 1231) y el recordatorio que hace de la restauración del Catecumenado por parte del Concilio Vaticano II y como sus ritos se encuentran en el RICA (cf. CCE 1232).

4. Finalmente es perceptible la huella en la precedencia de los adultos (cf. CCE 1247-1249) a la hora de enumerar a aquellos que pueden recibir el Bautismo (cf. CCE 1246-1252).

Como *noveno hito* encontraríamos el *Directorio General para la Catequesis* (1997) de la Congregación para el Clero. Este *Directorio* era explícito al reconocer sus fundamentos: “Una aportación particularmente rica para la renovación catequética fue el *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos*, promulgado el 6 de enero de 1972 por la Congregación para el Culto Divino” (DGC 2). Obviamente, esa misma aportación se convierte para este *Directorio* en una más que notable influencia que se puede tipificar fundamentalmente en los dos siguientes aspectos.

El primero de ellos viene dado por el requerimiento que para la “nueva evangelización” adquiere la catequesis kerigmática o “precatequesis” porque, inspirada en el precatecumenado, es una propuesta de la Buena Nueva en orden a una opción sólida de la fe (cf. DGC 62). Como se puede percibir con

facilidad, en este punto es fundamental la referencia al *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos*, en los números 9-13 de la *Praenotanda Ritual de la Iniciación cristiana de Adultos*.

El segundo aspecto fundamental en el que se puede percibir la influencia del *Ritual* en el *Directorio* de 1997 es precisamente su propuesta del Catecumenado bautismal como la forma típica (modélica) de toda catequesis:

El modelo de toda catequesis es el Catecumenado bautismal, que es formación específica que conduce al adulto convertido a la profesión de su fe bautismal en la noche pascual. Esta formación catecumenal ha de inspirar, en sus objetivos y en su dinamismo, a las otras formas de catequesis (DGC 59).

Es de todos sabido que el *Directorio General para la Catequesis* del año 1997 se decanta claramente por una catequesis al servicio de la Iniciación cristiana, hasta el punto de hacer de esta dimensión catecumenal e iniciática el centro y vértice de la propia catequesis. Precisamente el *Directorio* se apoya en su reflexión sobre la Iniciación cristiana en la noción que de la misma presenta el *Catecismo de la Iglesia Católica* (cf. CCE 1229).

La catequesis es, así, elemento fundamental de la Iniciación cristiana y está estrechamente vinculada a los sacramentos de la Iniciación, especialmente al Bautismo, 'sacramento de la fe'. El eslabón que une la catequesis con el Bautismo es la profesión de fe, que es, a un tiempo, elemento interior de este sacramento y meta de la catequesis. La finalidad de la acción catequética consiste precisamente en esto: propiciar una viva, explícita y operante profesión de fe. Para lograrlo, la Iglesia transmite a los catecúmenos y a los catequizandos la experiencia viva que ella misma tiene del Evangelio, su fe, para que aquéllos la hagan suya al profesarla. Por eso, la auténtica catequesis es siempre una iniciación ordenada y sistemática a la revelación que Dios mismo ha hecho al hombre en Jesucristo, revelación conservada en la memoria profunda de la Iglesia y en las Sagradas Escrituras y comunicada constantemente, mediante una *traditio* viva y activa, de generación en generación (DGC 66).

En el planteamiento del *Directorio General para la Catequesis*, la Iniciación cristiana, más aún una pastoral de Iniciación cristiana, es vital en toda Iglesia particular o diócesis (cf. DGC 91).

La situación actual de la evangelización postula que las dos acciones, el anuncio misionero y la catequesis de Iniciación, se conciban coordinadamente y se ofrezcan, en la Iglesia particular, mediante un proyecto evangelizador misionero y catecumenal unitario. Hoy la catequesis debe ser vista, ante todo, como la consecuencia de un anuncio misionero eficaz. La referencia al decreto *Ad gentes*, que sitúa al catecumenado en el contexto de la acción misionera de la Iglesia, es criterio de referencia muy válido para toda la catequesis (DGC 277).

El *décimo hito* es la carta encíclica *Lumen fidei* (29 de junio de 2013) del papa Francisco (y Benedicto XVI). En pasajes como su reflexión sobre los sacramentos y la transmisión de la fe (cf. LF 40-45) están más que presentes, de un forma implícita, los planteamientos del *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos*. Valga como muestra el siguiente pasaje de la enseñanza de *Lumen fidei*: “Este dinamismo de transformación propio del Bautismo nos ayuda a comprender la importancia que tiene hoy el catecumenado para la nueva evangelización, también en las sociedades de antiguas raíces cristianas, en las cuales cada vez más adultos se acercan al sacramento del Bautismo. El catecumenado es camino de preparación para el Bautismo, para la transformación de toda la existencia en Cristo” (LF 42).

El *undécimo hito* es la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (24 de noviembre de 2013) del papa Francisco. En esta exhortación, tan determinante para el futuro *Directorio para la Catequesis*, el papa Francisco se detiene solo en “algunas consideraciones” que le “parece conveniente destacar” (EG 163): el rol fundamental en la catequesis del primer anuncio o kerigma (cf. EG 164-165) y la iniciación mistagógica como característica esencial de la catequesis (cf. EG 166). Si bien no aparece citado el *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos* es evidente que su enseñanza está más que presente cuando propone la realidad de la mistagogia: “La necesaria progresividad de la experiencia formativa donde interviene toda la comunidad y una renovada valoración de los signos litúrgicos de la iniciación cristiana” (EG 166). Desde este planteamiento habrá de entenderse el reto que acto seguido propone: “Muchos manuales y

planificaciones todavía no se han dejado interpelar por la necesidad de una renovación mistagógica, que podría tomar formas muy diversas de acuerdo con el discernimiento de cada comunidad educativa” (EG 166). También resuena la propuesta tanto catequético como litúrgica de la Iniciación cristiana en la consideración que hace la exhortación con respecto al acompañamiento personal de los procesos de crecimiento (cf. EG 169-173).

Como *duodécimo y último hito* cabría señalar el *Directorio para la Catequesis* (2020) del Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización. El *Directorio para la Catequesis*, tercer directorio desde el Concilio Vaticano II, es explícito a la hora de describir la influencia del *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos*<sup>5</sup>:

La restauración del catecumenado, favorecida por el Concilio Vaticano II, se realizó con la publicación del *Ritual de Iniciación Cristiana de Adultos*. El catecumenado, “verdadera escuela de formación para la vida cristiana” (AG 14), es un proceso estructurado en cuatro etapas o períodos, destinado a guiar al catecúmeno hacia un encuentro pleno con el misterio de Cristo en la vida de comunidad y es considerado, por tanto, un lugar típico de Iniciación, catequesis y mistagogia. Los ritos de paso entre los períodos evidencian el carácter gradual de itinerario formativo del catecúmeno (DC 63).

Aquí radica la clave por la que el catecumenado se constituye en “fuente de inspiración para la catequesis” (cf. DC 61-65) y la realidad misma de la catequesis de Iniciación cristiana (cf. DC 69-72). La cuestión clave ahora sería el poder identificar la huella del *Ritual de la Iniciación cristiana de Adultos* en el actual *Directorio para la Catequesis*. De forma explícita es perceptible esa huella:

1. En la consideración que hace el *Directorio para la Catequesis* del catecumenado como fuente de inspiración para la catequesis: “por su carácter misionero, el catecumenado también puede inspirar la catequesis de aquellos que, aunque ya han recibido el don de la

---

5 Es un dato curioso que la presentación de la edición española del *Directorio para la Catequesis* no llegue a citar al *Ritual de la Iniciación cristiana de Adultos* en el recorrido histórico que hace.

gracia bautismal, no disfrutaban realmente de su riqueza<sup>6</sup>. En este sentido se habla de inspiración catecumenal de la catequesis o de catecumenado post-bautismal o de catequesis de iniciación a la vida cristiana. Esta inspiración no olvida que los bautizados ‘ya han sido introducidos en la Iglesia y hechos hijos de Dios por el bautismo. Por tanto, su conversión se funda en el bautismo ya recibido, cuya virtud deben desarrollar después’ (RICA 295)” (DC 61).

2. Al proponer la realidad de la acción misionera, la propuesta de lo que en sí es la sensibilización a la fe y a la conversión inicial, mediante el primer anuncio (cf. DC 33b) y el tiempo de búsqueda y maduración (cf. DC 33c) hay una referencia directa a la propuesta del *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos* en lo que atañe a lo que enseña con respecto al precatecumenado (cf. RICA 7-13. 111).
3. El paralelismo entre la acción catequético-iniciática y el tiempo del catecumenado así como el de la purificación e iluminación (RICA 7. 14-36).
4. De una forma implícita se pueden constatar no pocos elementos de influencia:
  - El aprendizaje de las fórmulas de la fe y su profesión creyente se han de comprender en el cauce del ejercicio tradicional y válido de la ‘traditio’ y ‘reditio’, gracias al cual, a la entrega de la fe en la catequesis (*traditio*) corresponde la respuesta del hombre a lo largo del camino catequético y después en la vida (*reditio*)’ (DGC 155). Esta respuesta, sin embargo, no es automática, ya que la fe transmitida y escuchada necesita una adecuada recepción (*receptio*) e interiorización. Para superar los riesgos de una memorización estéril o entendida como fin en sí misma, es bueno ponerla en conexión con los demás elementos del proceso catequístico, como la relación, el diálogo, la reflexión, el silencio, el acompañamiento (DC 203).
  - La referencia a las catequesis mistagógicas de los Santos Padres a la hora de comprender a la Liturgia en cuanto fuente de la catequesis (cf. DC 97-98).

---

6 Estas personas pueden ser llamadas cuasi catecúmenos: cf. CT 44.

- Subrayando los criterios para la formación del catequista se insiste en la importancia del “armonizar con sabiduría la debida atención a las personas y a las verdades de la fe, al crecimiento personal y a la dimensión comunitaria, a los dinamismos espirituales y a la preocupación por el bien común” (DC 135), especialmente desde la clave del acompañamiento (cf. DC 135c).
- En su esencia la pedagogía de la fe de la Iglesia es entendida a la luz de la enseñanza del *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos*: “El camino de Dios que se revela y salva, junto con la respuesta de fe de la Iglesia en la historia, se convierte en fuente y en modelo de la pedagogía de la fe. La catequesis es un proceso que permite la madurez de la fe respetando siempre el ritmo propio de cada creyente” (DC 166).
- El mismo *Directorio para la Catequesis* expresa su atención a la renovación a la que es llamada la catequesis por parte del papa Francisco en la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* cuando subraya la mistagogia como una de las características propias de la catequesis: “Esta experiencia formativa es progresiva y dinámica, rica en signos y lenguajes, favorable a la integración de todas las dimensiones de la persona. Todo esto hace justicia a la intuición compartida, bien arraigada en la reflexión catequética y en la pastoral eclesial, de la inspiración catecumenal de la catequesis, la cual se hace cada vez más urgente tenerla en consideración” (DC 2).
- La huella está también presente al especificar el papel de la comunidad cristiana “para que la catequesis de adultos sea significativa y capaz de lograr sus objetivos”: “Dado que la comunidad cristiana es un elemento estructural del proceso catequístico del adulto y no solo su contexto, es necesario que sea capaz de renovarse, dejándose alcanzar y provocar por las sensibilidades de los adultos de nuestro tiempo, así como tener la capacidad de acoger, estar presente y apoyarse” (DC 262a).
- Como expresión de la conversión misionera a la que esta llamada la parroquia se aboga por “propuestas formativas de inspiración catecumenal” (DC 303c) de un modo especial en el contexto urbano (cf. DC 328) y concediendo verdadera impor-

tancia a la coordinación de la catequesis en la Iglesia particular (cf. DC 421).

### III. REFLEJO EN EL MAGISTERIO DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA<sup>7</sup>

La huella e impronta del *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos* en la reflexión y enseñanza de la Conferencia Episcopal Española es perceptible ya en las Jornadas Nacionales de Catequesis de 1974 *Experiencias catecumenales en España hoy*, organizadas por las Comisiones de Catequesis y Liturgia. En ellas, cumpliendo con la petición de los obispos en la XVIII Asamblea del Episcopado, se llega incluso a reflexionar en la elaboración de un documento sobre el “Catecumenado”.

Pero si hay un documento determinante –sin obviar el peso específico del texto *Catequesis de adultos* (1991) de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis de la Conferencia Episcopal Española– ese es *La Iniciación cristiana. Reflexiones y orientaciones* (27 de noviembre de 1998). La influencia es clara: “Para la evangelización existe en la Iglesia un itinerario o modelo típico de Iniciación cristiana: el *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos*” (IC 24). Desde esta perspectiva hace esta instrucción un recorrido sintético por las etapas que constituyen este itinerario típico (cf. IC 24-31). Además, desde la influencia del RICA, subraya la instrucción la unidad de los sacramentos de la Iniciación (cf. IC 46). Así las cosas, el sacramento de la Confirmación nunca quedará reservado para una élite (cf. IC 56). Es oportuno volver a retomar la reflexión que con respecto al sacramento de la Confirmación propone este documento (cf. IC 85-100).

También, continuando esta clara inspiración, propone las siguientes posibilidades en la realización eclesial del don de la Iniciación cristiana: 1) La Iniciación cristiana de adultos (cf. IC 111-123); 2) La Iniciación cristiana de adultos ya bautizados (cf. IC 124-133); 3) La Iniciación cristiana de niños y adolescentes no bautizados (cf. IC 134-138).

---

7 Un estudio de la recepción del *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos* en otras Iglesias en: BOROBIO, *Catecumenado e Iniciación cristiana*, 33-38.

En la estela de esta instrucción adquieren todo su significado las *Orientaciones pastorales para el catecumenado* (1 de marzo de 2002) de la LXXVIII Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española y las *Orientaciones pastorales para la iniciación cristiana de los niños no bautizados en su infancia* (22/26-11-2004) de la LXXXIII Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española.

#### IV. EL CORRELATO EN LA TEOLOGÍA

El que mencionemos algunos autores no supone, evidentemente, que solo en ellos se produzca un cierto correlato en lo teológico. Autores como Henri Bourgeois<sup>8</sup>, André Laurentin, Michael Dujarier<sup>9</sup> o Dionisio Borobio<sup>10</sup> nos ofrecen, incluso de un modo más específico, un reflejo de la resonancia de los planteamientos del *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos*.

Si se trata de un camino paralelo o de una mutua influencia no es cuestión de dirimirlo en este momento. Pero lo que sí que es cierto es que en los planteamientos teológicos de no pocos autores se puede percibir una relación con el asunto que nos ocupa. Son dos los ejemplos que quisiera proponer. El primero de ellos –evidentemente no se puede hablar en él de influencia de los planteamientos del *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos* pero sí de una verdadera sensibilidad catecumenal– es del teólogo protestante Dietrich Bonhoeffer (1906-1945) que, en su obra considerada ya como un clásico de espiritualidad, llega a preguntarse: “¿Qué se ha hecho de las ideas de la Iglesia primitiva que, durante el catecumenado para el bautismo, vigilaba tan atentamente la frontera entre la Iglesia y el mundo, y se preocupaba tanto por la gracia cara?”<sup>11</sup>.

Sus planteamientos son ciertamente luminosos, además de adelantados a su época en la cuestión que nos atañe, cuando, por ejemplo, nos invita a repensar la vigencia del “secreto” o “ley del arcano”:

8 Cf. H. BOURGEOIS, *Teología catecumenal* (Barcelona 2007) 272-276.

9 Cf. A. LAURENTIN – M. DUJARIER, *El Catecumenado. Fuentes neotestamentarias y patrísticas. La reforma del Concilio Vaticano II* (Bilbao 2002).

10 Cf. BOROBIO, *Catecumenado e Iniciación cristiana*, 24-54.

11 D. BONHOEFFER, *El precio de la gracia. El seguimiento* (Salamanca 2022) 24.

no es solamente la palabra de condenación la que está prohibida al discípulo; también la palabra salvadora de perdón tiene sus límites. El discípulo de Jesús no tiene derecho para imponer esto a nadie ni nunca. Ejercer presiones, perseguir al otro, hacer prosélitos, todo intento de obtener algo del otro por la propia fuerza es vano y peligroso. Vano porque los puercos no reconocen las perlas que les echamos. Peligroso porque, con esto, no solo es profanada la palabra del perdón, no solo es llevado a pecar contra las cosas santas aquel a quien queríamos servir, sino que también los discípulos corren el peligro de sufrir el furor ciego de estos hombres endurecidos y llenos de tinieblas, sin necesidad ni provecho. El desperdicio de la gracia barata hasta al mundo, que acaba por volverse violentamente contra los que quieren imponerle algo que él no desea<sup>12</sup>.

También se percibe la más profunda comprensión de la Iniciación y el catecumenado cuando, con verdadera hondura, invita a reflexionar sobre el papel trascendental de la comunidad eclesial en la Iniciación cristiana:

Quien concede a un hermano bautizado la participación en el culto, pero le niega la comunión en la vida cotidiana, abusa de él o le desprecia, se hace culpable con respecto al cuerpo mismo de Cristo. Quien reconoce a sus hermanos bautizados los dones de la salvación, pero les niega los de la vida terrena o les deja conscientemente en la miseria y la indigencia, se burla del don de la salvación y es un mentiroso. Cuando el Espíritu Santo ha hablado, quien sigue prestando atención a la voz de su sangre, de su naturaleza, de sus simpatías o antipatías, peca contra el sacramento. El bautismo que introduce en el cuerpo de Cristo, no solo cambia la situación personal del bautizado con respecto a la salvación, sino también todas sus relaciones vitales<sup>13</sup>.

---

12 *Ibid.*, 131.

13 *Ibid.*, 190.

El segundo de los autores que quisiera traer a colación es el del teólogo Joseph Ratzinger especialmente en su obra *Teoría de los principios teológicos*<sup>14</sup>. Para Ratzinger es un hecho cierto que no se podrá comprender bien ni la esencia de la Iglesia ni la estructura del acto de fe, sino se presta atención al Bautismo. Y, a la inversa, apenas puede entenderse nada del Bautismo si sólo se contempla su dimensión litúrgica o el contexto de la doctrina del pecado original<sup>15</sup>.

Partiendo del dato litúrgico, el de la fórmula bautismal, en cuanto que propiamente es un credo dialogado, subraya cómo ya la misma fórmula presupone un largo proceso de aprendizaje. Un proceso en el que la fórmula requiere no sólo ser aprendida y entendida como texto, sino que debe ser ejercitada como expresión de una orientación existencial. De ahí que si la confesión es esencial para el Bautismo, entonces el catecumenado es una parte constitutiva del bautismo mismo<sup>16</sup>.

Con Ratzinger podemos decir sin equívoco que el catecumenado es algo enteramente distinto de la simple instrucción religiosa; es parte de un sacramento; no instrucción preliminar, sino parte constitutiva del sacramento mismo. Además, el sacramento no es la simple realización del acto litúrgico, sino un proceso, un largo camino, que exige la contribución y el esfuerzo de todas las facultades del hombre, entendimiento, voluntad, corazón<sup>17</sup>.

Ratzinger identifica los componentes fundamentales del catecumenado que conducen a la unidad sacramento-catecumenado:

- Forma parte del catecumenado, en primer lugar, y sin duda alguna, el elemento de la instrucción, es decir un proceso de aprendizaje, el que se meditan y se asimilan los contenidos esenciales de la fe cristiana. Pero hay un capítulo de la doctrina en el que la enseñanza abandona el aspecto meramente doctrinal: la fe cristiana es también un *ethos*. Adentrarse por la senda cristiana es parte constitutiva del

---

14 Tal y como el mismo Ratzinger comenta su reflexión en torno al catecumenado fue pensada inicialmente para una ponencia en la reunión celebrada en Schwerte, los días 8 y 9 de abril de 1973, por el círculo de diálogo ecuménico fundado por el cardenal Jaeger y el obispo Stählin. El tema había sido fijado con antelación y, por parte evangélica, lo desarrolló el profesor E. Schlink de Heidelberg.

15 Cf. J. RATZINGER, *Teoría de los principios teológicos. Materiales para una teología fundamental* (Barcelona 2005) 30.

16 Cf. *Ibid.*, 39.

17 Cf. *Ibid.*, 40.

catecumenado. Solo quien se familiariza con la hospitalidad de los cristianos, expresada en la entrega de la sal, puede aprender a conocer su comunidad fraternal también como lugar de verdad. Sólo quien reconoce a Jesús como camino puede encontrarle también como verdad<sup>18</sup>.

- Como realización de una decisión vital y como ejercitación en su requerimiento, el catecumenado no sólo exige el esfuerzo del candidato. Esta decisión vital es vivir dentro de una forma de vida ya dada de antemano, la forma de vida de la Iglesia de Jesucristo. Por consiguiente, esta decisión no es la determinación de un sujeto solitario y autónomo, sino que, debido a su misma esencia, es un recibir: es participar en la decisión ya tomada desde antes, de la comunidad de creyentes. Que se pueda emprender el camino en esta dirección sólo es posible gracias a la irradiación que brota desde ella<sup>19</sup>.
- Pero ¿de quién se recibe en realidad este don? En primer lugar de la Iglesia. Ahora bien, tampoco la Iglesia lo tiene por sí misma. También a ella le ha sido dado por el Señor y no sólo en unos tiempos remotos. De hecho, solo puede seguir viviendo de la fe porque el Señor se la da. La Iglesia es algo más que una asociación que se da sus propios estatutos y reglamentos y cuyas actividades son la suma de las actividades de cada uno de sus miembros, y nada más. Ella misma es dada siempre de nuevo desde fuera; vive de la palabra que la encontró primero; vive de los sacramentos que no puede hacer, sino sólo recibir<sup>20</sup>.

Hablaba al principio de este epígrafe cuarto de lo que bien podría denominarse un correlato o paralelismo entre la propuesta del *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos* y la reflexión teológica. Si bien los pasajes de la obra comentada del teólogo Ratzinger no aluden al *Ritual* es obvio que su enseñanza, al menos, podría llegar a constituirse en un logrado comentario teológico a la sabiduría que subyace en el RICA.

---

18 Cf. *Ibid.*, 40.

19 Cf. *Ibid.*, 41.

20 Cf. *Ibid.*, 41-42.

## V. BALANCE PARA UNA CONVERSIÓN MISIONERA

En opinión de J. Rico Pavés, en su libro entorno a las fuentes patrísticas del *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos*, “la recepción de este *Ritual* es tarea aún pendiente, sobre todo en áreas de vieja cristiandad”<sup>21</sup>. A lo que añade:

Entiendo, sin embargo, que el principal reto que comporta la recepción eclesial del OICA es el cambio de mentalidad a la hora de comprender y actuar la transmisión de la fe como un ejercicio de la Iglesia Madre que movida por el Espíritu Santo, recibe, custodia y transmite los bienes de salvación (Palabra y sacramentos) que ha recibido de Jesucristo para que gentes de todos los pueblos y naciones lleguen a ser hijos de Dios y miembros de la Iglesia. Pero es evidente que este cambio de mentalidad no será posible sin recuperar el aprecio por la Sagrada Tradición que lleva, una y otra vez, a volver a los Padres de la Iglesia. Admirable paradoja de los que se saben de paso en el tiempo: para responder a las exigencias del momento presente y afrontar el futuro con esperanza, debemos abrazar con profundo agradecimiento nuestro pasado<sup>22</sup>.

Por tanto, repensar esta recepción implica el poder dar respuesta a interrogantes como los que siguen: ¿Ha sido el *Ritual de Iniciación Cristiana de Adultos* “una herramienta valiosa para la catequesis y la mistagogia” (DC 152d) en la pastoral postconciliar? ¿Qué necesarias perspectivas e intuiciones tendrá que seguir iluminando? Es un hecho que su promulgación supuso no solo el cumplimiento de una reivindicación del Concilio Vaticano II, sino la realización de un amplio proyecto teológico. Ahora bien, ¿qué desarrollo ha de seguir adquiriendo este proyecto? ¿Por qué sendas transitar para poder favorecer el

---

21 Es importante tener presente también las incontestables perspectivas ecuménicas que abre el OICA. Importa recordar que el OICA fue adoptado y adaptado por la Iglesia Evangélica Luterana en América y la Iglesia Evangélica Luterana en Canadá (1978), la Iglesia Episcopaliana de Estados Unidos (1976) y la Iglesia Anglicana (1980). Cf. M. E. JOHNSON, *The Rites of Christian Initiation. Their evolution and interpretation* (Minnesota 2007) 291-293; D. A. PITT, *Revising the Rite of Adult Initiation: the structural reform of the Ordo Initiationis Christianae Adultorum, Ordo Catechumenatus per Gradus Dispositus (1964-1972)* (Indiana 2007) 2.

22 J. RICO PAVÉS, *Origen y desarrollo del Catecumenado en la antigüedad cristiana. Buscando las fuentes patrísticas del RICA* (Madrid 2018) 237.

citado cambio de mentalidad? Lo que a continuación se propone no es sino un humilde esbozo de esas sendas por las que necesariamente se habrá de transitar.

En primer lugar, es urgente recuperar en la tarea evangelizadora y de transmisión de la fe el sentido católico de la Tradición. Una dañina protestantización de la vida eclesial, en su doctrina, celebración, compromiso y oración, ha debilitado el “sentido de la Tradición” sin el cual no es posible situarse en el itinerario que propone el RICA con el imprescindible sentido de una sana pertenencia eclesial<sup>23</sup>. Resuena aquí el eco de uno de los planteamientos del *Directorio General para la Catequesis* (1997):

El concepto de Revelación impregna ordinariamente la actividad catequética; sin embargo, el concepto conciliar de Tradición tiene menos influjo en cuanto elemento realmente inspirador. De hecho, en muchas catequesis, la referencia a la Sagrada Escritura es casi exclusiva, sin que la reflexión y la vida dos veces milenaria de la Iglesia le acompañe de modo suficiente. La naturaleza eclesial de la catequesis aparece, en este caso, menos clara. La interrelación entre la Sagrada Escritura, la Sagrada Tradición y el Magisterio, cada uno a su modo, no fecunda aún de modo armonioso la transmisión catequética de la fe (DGC 30).

Entender la catequesis como “acto vivo de tradición eclesial” es ya en sí toda una pedagogía. El sujeto de su pedagogía es la Iglesia. El mensaje es la fe de la Iglesia. Los recursos pedagógicos son las comunidades, personas, instituciones e instrumentos materiales de la Iglesia. Por eso, “la ortodoxia no es el asenso a un sistema, sino participación en la marcha de la fe, y por ello, en el Yo de la Iglesia, que subsiste una a través del tiempo y que es el verdadero sujeto del Credo”<sup>24</sup>.

En segundo lugar, el *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos* no consiste en la simple disposición de los ritos bautismales para los adultos, sino que integra los sacramentos de la Iniciación en su proceso catecumenal propio, de modo que el *Ritual* nos ofrece el marco y la forma típica de todo proceso de Iniciación cristiana, tanto de adultos como de niños. La tarea de

---

23 Cf. *Ibid.*, 238-239.

24 COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *Unidad de la fe y pluralismo teológico*, tesis IV.

recepción del RICA aún debe avanzar mucho en el cambio de mentalidad que comporta. Si este ofrece el paradigma de toda Iniciación, es necesario caminar hacia una configuración catecumenal de la Iniciación cristiana, sea cual sea la edad y situación de los candidatos<sup>25</sup>.

Por otra parte –y este es el tercer punto– es de vital importancia seguir clarificando la cuestión en torno a la unidad y el orden en los sacramentos de la Iniciación. ¿Hasta qué punto tiene sentido el mantener el debate entre un hipotético orden teológico y un hipotético orden pastoral? ¿Se ha asumido la necesidad de la recepción del sacramento de la Confirmación “para la plenitud de la gracia bautismal” (CCE 1285)? ¿Qué teología con respecto al sacramento de la Confirmación subyace en muchos de nuestros planteamientos? ¿Es la Eucaristía verdaderamente fuente y culmen de la vida cristiana?

En cuarto lugar, volver a la Iniciación cristiana y al catecumenado implica el redescubrimiento de la belleza de la maternidad de la Iglesia. Solo una Iglesia viva en sus comunidades podrá ejercer su maternidad a través del don de la Iniciación cristiana. De ahí la importancia de la mutua implicación entre catecumenado y comunidad cristiana. Es necesario recuperar una genuina mirada al misterio de la Iglesia: La Iglesia es algo más que una asociación que se da sus propios estatutos y reglamentos y cuyas actividades son la suma de las actividades de cada uno de sus miembros, y nada más. Ella misma es dada siempre de nuevo desde fuera; vive de la palabra que la encontró primero; vive de los sacramentos que no puede hacer, sino sólo recibir. De ahí que sea esencial el volver permanentemente a un dato esencial: “La Iglesia local siempre debe entender y mostrar que la Iniciación de los adultos es cosa suya y un asunto que atañe a todos los bautizados” (RICA, *Obs. Previas* 41). En la Iniciación es decisiva, por tanto, la participación activa de la comunidad de los ya iniciados. A ella compete la tarea de acoger, acompañar y guiar a los catecúmenos, hasta integrarlos en su mismo cuerpo<sup>26</sup>. En definitiva, y de forma muy específica, “la pregunta es cómo la parroquia, comunidad de generalizada presencia de la Iglesia en el territorio, puede superarse a sí misma en un impulso misionero”<sup>27</sup>.

---

25 Cf. RICO PAVÉS, *Origen y desarrollo del Catecumenado en la antigüedad cristiana*, 239-240.

26 Cf. *Ibid.*, 241.

27 A. RICCARDI, *La Iglesia arde. La crisis del cristianismo hoy: entre la agonía y el resurgimiento* (Barcelona 2022) 96.

En quinto lugar, si la Iniciación cristiana es esencialmente la participación sacramental en el Misterio Pascual, una serie de datos han de ser necesariamente repensados. Por ejemplo, necesariamente la Cuaresma habrá de cobrar toda su pujanza para ofrecer una más intensa preparación de los elegidos, y la Vigilia pascual recuperar su más absoluta trascendencia y centralidad (cf. RICA, *Obs. Previas* 8). También en virtud de la centralidad del Misterio Pascual, será muy oportuno mostrar cómo enlazar los sacramentos del Bautismo y la Confirmación expresa la unidad del Misterio Pascual, y el vínculo entre la misión del Hijo y la efusión del Espíritu Santo, y la conexión de ambos sacramentos.

En sexto lugar es preciso considerar que El *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos* nos enseña que no se llega a ser cristianos por la sola recepción de una catequesis y de los sacramentos de Iniciación, sino por un acontecimiento de gracia, el encuentro con Cristo, lo cual implica ponerse en camino, seguirle, imitarle y dejarse transformar por Él. Este ponerse en camino supone custodiar la unidad y armonía de los elementos que en él encontramos: catequesis y sacramentos, así como las dimensiones de la vida cristiana<sup>28</sup>. Este dato brilla de forma clara en el planteamiento del *Directorio para la Catequesis* al entender la realidad de la catequesis fundamentalmente como un itinerario espiritual. El RICA ha sido y ha de ser un instrumento que al tiempo que pone en guardia frente a futuras y tal vez próximas situaciones, sobre todo debe constituirse en llamada de atención sobre la unión íntima que debe existir entre catequesis y liturgia. Lo que está en juego es la necesidad de mostrar la capacidad que poseen los sacramentos de la Iniciación cristiana en cuanto medios para poner “los fundamentos de toda vida cristiana”. En esta perspectiva puede percibirse la huella de los planteamientos del *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos* sobre todo cuando aboga por la búsqueda de unas garantías reales para que la fe del bautizado no sólo esté protegida sino que pueda ser desarrollada verdaderamente. Ciertamente toda catequesis de la Iglesia, y también la de adultos, es una exigencia interna de los sacramentos de Iniciación y pretende “hacer captar y vivir las inmensas riquezas del Bautismo ya recibido” (ChL 61).

En séptimo lugar, con el decreto *Ad gentes* del Concilio Vaticano II es oportuno volver a recordar la realidad del catecumenado no como una “mera exposición de dogmas y preceptos”, sino como “una formación y noviciado

---

28 Cf. RICO PAVÉS, *Origen y desarrollo del Catecumenado en la antigüedad cristiana*, 240.

convenientemente prolongado de la vida cristiana”. La propuesta del Catecumenado bautismal como la forma típica (modélica) de toda catequesis. Incluso la preparación al matrimonio ha de ser entendida como en un camino neocatecumenal.

En octavo lugar, ha de considerarse que el *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos* provee de una ayuda espiritual (RICA, *Obs. Previas* 1). No en vano se entiende como un camino espiritual en el que grados y etapas jalonan el aprovechamiento de la gracia por parte del catecúmeno. Un camino que, al llevar consigo un cambio progresivo de sentimientos y costumbres, debe manifestarse con sus consecuencias sociales y desarrollarse paulatinamente durante el catecumenado. Se trata de propiciar una formación espiritual dirigida al corazón y la mente para purificarlas e iluminar para un conocimiento más profundo de Cristo.

En noveno lugar, aunque el *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos* comience con el rito de entrada en el catecumenado, es verdaderamente profética su insistencia en el tiempo del precatecumenado, así como en las condiciones a discernir en este tiempo. También podría ser calificada de profética la propuesta de los capítulos IV y V del *Ritual*—el “problema central de la catequesis de adultos” (CT 43)—. En definitiva abrió el camino para la reflexión con respecto a la realidad de una iniciación inacabada<sup>29</sup> y el “recomienzo” en cuanto objetivo de todo planteamiento pastoral que se precie.

En décimo lugar, el permanente ejercicio de discernimiento con respecto a las condiciones requeridas en cada una de las etapas y grados y las primeras experiencias en el trato y espiritualidad de los cristianos es en sí mismo uno de los elementos constitutivos del catecumenado. Conviene tener muy presente la realidad de la conversión en cuanto que piedra de toque de todo el itinerario que constituye la Iniciación cristiana y su realización en el catecumenado. De ahí la importancia y la trascendencia del acompañamiento personal en los procesos de discernimiento. Se trata de “armonizar con sabiduría la debida atención a las personas y a las verdades de la fe, al crecimiento personal y a la dimensión comunitaria, a los dinamismos espirituales y a la preocupación por el bien común” (DC 135) especialmente desde la clave del acompañamiento (cf. DC 135c).

---

29 Cf. H. BOURGEOIS, *Teología catecumenal* (Barcelona 2007) 202.

En undécimo lugar, es preciso considerar que uno de los tesoros re-descubiertos en las últimas décadas es el de la vocación laical –el *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos* ha aportado su granito de arena–: “No es exagerado decir que toda la existencia fiel laico tiene como objetivo llevarlo a conocer la radical novedad cristiana que deriva del Bautismo” (ChL 10). A este dato de la vocación laical –El Señor al que se confían es “blanco de contradicción”– es oportuno añadir que la intimidad de la Iglesia con Jesús es una intimidad itinerante, y la comunión “esencialmente se configura como comunión misionera” (ChL 32). Desde aquí se entiende la llamada a aprender a cooperar en la evangelización y en la edificación de la Iglesia.

Y en duodécimo lugar y último, también clave esencial en el legado del *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos* es la realidad de la mistagogia: “La necesaria progresividad de la experiencia formativa donde interviene toda la comunidad y una renovada valoración de los signos litúrgicos de la Iniciación cristiana” (EG 166). Desde este planteamiento habrá de entenderse el reto que acto seguido propone la exhortación del papa Francisco: “Muchos manuales y planificaciones todavía no se han dejado interpelar por la necesidad de una renovación mistagógica, que podría tomar formas muy diversas de acuerdo con el discernimiento de cada comunidad educativa” (EG 166).

## VI. CONCLUSIÓN

En *Evangelii gaudium* formulaba el papa Francisco un deseo muy claro: “Espero que todas las comunidades procuren poner los medios necesarios para avanzar en el camino de una conversión pastoral y misionera, que no puede dejar las cosas como están. Ya no nos sirve ‘una simple administración’” (EG 25).

La recuperación de la Iniciación cristiana y del catecumenado, que tiene en la promulgación del *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos* su punto álgido, ha supuesto y ha de seguir suponiendo el pistoletazo de salida y el

fundamento de la más genuina conversión pastoral<sup>30</sup>. Con el teólogo francés M.-J. Le Guillou cabría decir que

la Iglesia se descubre así más y más profundamente comprometida con la historia; redescubre que, lejos de ser una comunicación de verdades nocionales que trasciende la razón humana, la revelación es una historia de la salvación iluminada por la Palabra de Dios, un acontecimiento que encuentra su plenitud escatológica en Jesucristo, epifanía del Amor de Dios; experimenta más que nunca que su tradición es la tradición viva de las realidades salutíferas, que es la vida misma de la Iglesia bajo el aliento del Espíritu<sup>31</sup>.

Será en esta clave y en este espíritu como se podrá responder a dos de los interrogantes sobre los que ha tratado de hacerse eco el presente artículo. En primer lugar, con Juan Pablo II, reflexionado sobre el catecumenado, cabría preguntarse: “¿No habría que encontrar una utilización más concretamente adaptada, para señalar esta etapa, la más importante entre todas, en que un nuevo discípulo de Jesucristo acepta con plena lucidez y valentía el contenido

---

30 La reflexión de Angelo Scola –ciertamente ya lejana en el tiempo aunque no por ello ha perdido vigencia a mi modo de ver– puede ayudarnos a concluir este desarrollo histórico acerca de la recepción de un ritual y la conversión pastoral que se entiende que ha de generar: “El problema de la pastoral en la Iglesia hoy. Se trata de la cuestión del método. Por método no entendemos aquí un conjunto de técnicas, individuales o de grupo, que, con el auxilio de las ciencias humanas, son hoy frecuentemente empleadas en la acción eclesial (pastoral) y en la reflexión sistemática de la misma (teología pastoral). Usando el término en su sentido fuerte, queremos referirnos al método de la vida cristiana. Método es la forma (Gestalt) mediante la cual el evento de Jesucristo se comunica al mundo, pasando (*traditio*) de persona a persona. Esta forma deriva de la realidad dramática, sacramental y eucarística de la misma Iglesia, cuya naturaleza, es importante remarcarlo, consiste en ser medio intrínseco (sujeto-mediador, sacramento) del evento de Jesucristo a los hombres que viven en el mundo. Por esto hablar de método de vida cristiana es la misma cosa que hablar de método de la misión. Haciendo un inciso, se observe que este método, en sentido fuerte, puede implicar técnicas, más o menos conveniente, dirigidas a identificar mejor las aspiraciones y deseos profundos de cada interlocutor, influenciado por pertenencias y culturas bastante diferenciadas según la edad, las condiciones socioambientales de vida, la profesión, etc..., pero de ningún modo dicho método extraerá su fuerza persuasiva de tales técnicas. La esencia de don (amor) del evento cristiano ni puede jamás prescindir de lo gratuito. Discípulo y testigo de Jesús de Nazaret: ¡Esto es, ante todo, el cristiano! Vocación y misión requieren el seguimiento y el martirio; en una palabra, la santidad. Es sorprendente notar qué poca atención se ha prestado a la hora de determinar los fundamentos del método de la vida cristiana” (A. SCOLA, “Una Eclesiología de misión”, en: A. CARRASCO – J. PRADES (eds.), *In communione Ecclesiae. Miscelánea en honor del Cardenal Antonio María Rouco Varela* [Madrid 2003] 632-633).

31 M.-J. LE GUILLOU, *El rostro del Resucitado. Grandeza profética, espiritual y doctrinal, pastoral y misionera del Concilio Vaticano II* (Madrid 2012) 269.

de lo que más adelante va a profundizar con seriedad?” (CT 28). En segundo lugar, con el teólogo protestante D. Bonhoeffer, considero propio preguntar: “¿Qué se ha hecho de las ideas de la Iglesia primitiva que, durante el catecumenado para el bautismo, vigilaba tan atentamente la frontera entre la Iglesia y el mundo, y se preocupaba tanto por la gracia cara?”<sup>32</sup>.

En definitiva situar en el centro de la pastoral de la Iglesia la Iniciación cristiana con todas las implicaciones señaladas nos abre a percibir que “la visión será la iniciación sin fin en el misterio de Dios”<sup>33</sup> y todo ello desde la más profunda sabiduría evangélica: “Los discípulos que no supiesen nada de esta debilidad de la palabra no habría conocido el secreto del abajamiento de Dios. [...] ¿Qué deben hacer los discípulos ante los corazones cerrados, allí donde es imposible llegar hasta el otro?”<sup>34</sup>.

---

32 BONHOEFFER, *El precio de la gracia*, 24.

33 R. LATOURELLE, *Teología de la Revelación* (Madrid 1995) 531.

34 BONHOEFFER, *El precio de la gracia*, 132.